

LA PRIMERA GORRA

No surtió efecto remolonear en la cama alegando tener mucho sueño, porque enseguida la madre apartó las mantas, abrió la ventana de par en par y la frescura entrante le obligó a levantarse para buscar el calor de la cocina y tomarse el desayuno ya preparado. El chico tenía sus razones para actuar así, azorado en su entraña por un hecho ocurrido ayer tarde. Doña Encarna les había castigado a Tomásín y a él a permanecer cara a la pared, arrodillados media hora, por tirar varias veces de las trenzas a Conchita y desobedecerle.

—Jolines, es divertido, aprendes a espiar a los mayores sin que se cosquen —le comentó Tomásín en octubre pasado, cuando todavía hacía bueno—, siempre que no te pillen y se entere alguien que se chive a tu padre, claro, aunque también me aburrí a ratos yo solo; cuando quieras lo hacemos juntos, ya verás, ya.— Tomás le sacaba un año de ventaja y dos o tres de pillería; era muy listo, más que cualquiera de la docena de chicuelos que componían el variado grupo discente a cargo de doña Encarna.

Hoy sería ese día, decidido, y comenzó a recorrer alegre la distancia hasta la escuela, el mismo itinerario desde los cinco años, cargando con los cuadernos, la enciclopedia y los lapiceros en la cartera que fue de su *chache*; también un cantero de pan con dos onzas de chocolate, para comerlo en el recreo y compartirlo con Tomás, que sólo llevaba coscurros untados de aceite o con manteca y sal; pero hoy no pasaría eso.

La mañana resultaba perfecta, a principios de mayo; el sol calentaba y anunciaba una jornada calurosa; ya metido en la chopera del trayecto inicial imaginaba las cosas por realizar hasta la una del mediodía, antes del primer regreso, y después, en las dos horas de la tarde; se le ocurrieron bastantes para entretenerse: localizar nidos en los árboles, en el suelo, mirar entre las piedras grandes por si encontraba lagartos, o alguna culebra que no le daba miedo; mirar en el río cangrejos, o ratas de agua, tumbarse a la sombra unos cuantos minutos a contar nubes aunque ahora el cielo estaba limpio, observar a la gente que venía o se iba, escudriñar a un ocasional forastero desde lo alto del cerrete en plan indio peliculero, tenderse bocabajo y quedarse muy quieto hasta ver algún conejo asomar por las madrigueras de los zopeteros, quizás un zorro olismero, hurones, visitar furtivo el huerto del tío Marcos y robarle unas fresas maduras, llegarse hasta los frutales con manzanas, ciruelas, albarillos, alzóllas, de las afueras y comerse unos cuantos frutos verdes; sí, sería estupendo, nadie le impediría hacer lo que le viniera en gana, pero debería andarse con mucho tiento.

Caminaba despacio, sin prisa, ¿para qué?, cuando oyó lejano el ruido de un motor acercándose: el coche del tendero; a Federico le sacudió un repelús de inquietud a ser descubierto y se adentró en el trigal aledaño, corriendo. Agachado lo persiguió con la vista hasta desaparecer, pero estaba tan a gusto allí, fresquito, que no resistió la tentación de hacerse una cama a base de tallos y espigas y despacharse el sueñecito negado por su madre dos o tres horas antes. Se despertó al poco, molido por la incomodidad de tal colchón; le entró apuro por haber destrozado así ese trozo, si le vieran se lo dirían al padre y éste se pondría de muy mal genio. Se arrepintió y marchó disgustado dejando el rastro de su paso entre las cañas pisoteadas.

El regato no le deparó nada interesante; se aburría, ¿qué hora sería ya?; asustado no sabía adónde ir, ya

no le parecía divertido; el calor aumentaba y las escasas sombras las ocupaban los pastores y sus perros. Mejor quedarse quietecito. Estarían en el recreo; desenvolvió de la servilleta el pan, estaba caliente y gomoso, el chocolate se le derritió entre los dedos, perdió el poco hambre que sentía; enterró el almuerzo.

Se acordó de un hueco en la ribera donde apenas pegaba el Lorenzo y se acurrucó dentro; perfecto, pero, ¿qué hacer?, creía que todo el mundo se percataría de su presencia. Cogió el libro y repasó las estampas de la Historia Sagrada, se cansó al poco; quiso dibujar el paisaje de enfrente, pero desistió al rato emborronando una hoja del cuaderno. No era divertido, no, Tomásín le había engañado.

Calcularía la hora a ojo, el sol clavado en mitad del cielo significaba las doce, aunque no podía llegar a casa tan pronto, pues su madre se olería la tostada de su mala acción. Por eso se acercó cuanto pudo a la escuela y se escondió detrás de unas zarzas. ¡Que lento pasaba el tiempo!, en el aula no se le hacían tan pesadas las mañanas; ocultado vería salir a sus compañeros y volvería entonces como habitualmente.

Se alegró del barullo y tentado estuvo de juntarse con ellos y declararles esta peripecia, pero contuvo su intención. Después de comer sí que asistiría a clase, seguro; fue un error irse de gorra, según denominaba Tomásín a faltar voluntariamente a la escuela, siguiendo la idea de un primo de Madrid.

Cuchareó en el plato tragando a la fuerza cuatro patatas y un pedacito de carne, en su interior sopesando las consecuencias de su acto, mientras la madre lo miraba de refilón sospechando algo raro, —¿Qué te pasa, Fede, que no tienes ganas, va todo bien en la escuela? a su madre no se la daba. No contestó. Padre y madre, callados, lo examinaban con disimulo.

En el segundo viaje fue pensando qué decir, tapar ese embuste como fuera, o ser valiente y contar la verdad a la vieja maestra. Llegó serio y colorado, no quería hablar con nadie y menos con Tomás.

El padre no se enteró del asunto, o prefirió evitar disgustos. La madre lo adivinó mediante el sexto sentido materno y amagó un escarmiento de los suyos a base de zapatillazos nulamente rehabilitadores con la consiguiente reacción paterna. Tomásín aceptó la trola con una sonrisa: se la había copiado, —Me dolía mucho la tripa cuando me levanté esta mañana, dona Encarna.

La veterana educadora advirtió al instante la culpa impresa en el semblante compungido del chiquillo que agachaba, avergonzado, la monda cabeza silenciando nuevas explicaciones luego de la mentirosa respuesta a la primera pregunta; así, con esta actitud, quedó convencida de que no reincidiría, que tal aventura le había deparado más desilusiones que alegrías y le pesaba verdaderamente en el corazón, ante lo cual no le haría pasar vergüenza frente al resto de escolares ni a los padres, consistiendo el único castigo en leer delante de ella la lección dada esa mañana, aparte de unos deberes de aritmética, y entre la cual insertó el cuento de Pinocho versionado por ella misma que ilustró a todos y en particular a uno.

Federico, al divisar los lugares de sus desventuras, torcía el gesto y aceleraba el andar; prometió a gritos un montón de veces no volverlo a hacer. Hasta los quince años, cuando estudiaba quinto de bachillerato y se saltó, en unión de otros dos compinchados, la asignatura de química impartida por un profe demasiado *bueso*.